

AULA MAGNA
CRECIMIENTO
Y DESIGUALDAD:
CONFLICTO
SOCIAL Y
GOBERNABILIDAD

Capítulo 3

EFRAÍN GONZALES DE OLARTE
EDITOR



**AULA
MAGNA**



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Aula Magna

Crecimiento y desigualdad: conflicto social y gobernabilidad

Efraín Gonzales de Olarte, editor

© Efraín Gonzales de Olarte

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2011

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Diseño, diagramación, corrección de estilo

y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: noviembre de 2011

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2011-13754

ISBN: 978-9972-42-976-7

Registro del Proyecto Editorial: 31501361101836

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

Comentario a Rosemary Thorp: Razones de la desigualdad

Javier Iguíñiz

A partir del ensayo de la doctora Rosemary Thorp, quiero reflexionar sobre cuatro puntos. Mi primer comentario se refiere a los coeficientes Gini de los años 1980 y 1990. Leyendo la literatura al respecto, tengo la impresión de que un factor que está prácticamente ausente en los estudios que se están haciendo para explicar la trayectoria de la distribución del ingreso en América Latina es la serie de políticas de estabilización en principio antiinflacionarios durante esa época.

Primer punto: deterioro en el coeficiente Gini

Las medidas para bajar la inflación que tenían como criterio dominante la reducción de la demanda agregada porque se consideraba que la inflación era resultado de un exceso de demanda tenían como consecuencia el deterioro del poder adquisitivo de la población —especialmente de los asalariados— y, por lo tanto, creo que tales medidas pueden servir para explicar el deterioro en el coeficiente Gini. Con toda seguridad, la distribución funcional del ingreso empeoró. Es común recurrir, por

ejemplo, a la desigual calidad de la educación, pero a costa de dejar de lado los análisis más tradicionalmente económicos, que en mi opinión todavía tienen bastante que decir para entender el porqué de ese aumento observado en la desigualdad.

Lo que resulta más común para entender el pasado próximo en los estudios recientes es que muchas veces se han dedicado a fundamentar por qué las reformas institucionales estructurales impulsadas por el Banco Mundial y muchos gobiernos tuvieron un efecto positivo —o, en el peor de los casos, neutro— sobre importantes variables económicas. Creo que ese es el objetivo de una buena parte de los estudios debido a la llamada «decepción» que las reformas estructurales han producido en América Latina, al no contribuir a tasas de crecimiento iguales o mayores a las de los años 1960 o 1970. Por ello, tienden a evitar una mirada a lo que la profesora Thorp dijo sobre «desigualdades funcionales del ingreso». Yo creo que una mayor desigualdad fue funcional para reducir la inflación con los métodos que se escogieron para hacerlo.

Segundo punto: razones económicas de la desigualdad

Mi segundo punto es el relativo a la pregunta que hace la profesora Thorp: ¿cómo salir de la crisis con una reducción sostenible de la desigualdad? Sin duda es una cuestión muy difícil a la que no podemos hacer plena justicia. La pregunta me recordaba estudios recientes sobre la ligera reducción de la desigualdad en los últimos años que han sido presentados y que acabo de escuchar recientemente en un foro de aniversario de Grade. Estos muestran con bastante claridad que lo que explicaría la reducción de la desigualdad en América Latina, y también en el Perú, es la evolución de los ingresos no laborales. Más bien, los ingresos laborales propiamente dichos no habrían registrado una menor desigualdad. Por ello, de nuevo vuelvo al tema que ya he mencionado antes, y es que creo que todavía nos faltan estudios estrictamente económicos para ver por qué es tan resistente la desigualdad en la distribución personal del ingreso. ¿Están relacionadas la desigualdad

funcional y la personal? ¿Es sostenible esa ligera reducción de desigualdad que hemos registrado en los últimos años?

Si es cierto, como parece ser, que los ingresos no laborables son los factores principales en esa reducción, temo que esos ingresos no laborales no sean tan sostenibles a futuro como lo serían si se tratara de ingresos laborales. En contextos de baja inflación es más difícil cambiar la distribución del ingreso desde la economía tan rápidamente como ocurrió en los años 1980 y parte de la década de 1990, en un contexto de grandes variaciones de precios y de precios relativos y de ingresos reales y salarios reales. Esto supone preguntarnos más específicamente: ¿cómo logramos hacer que la economía haga su trabajo en la reducción de la desigualdad? De ese modo complementaría la reducción de la desigualdad que viene por factores al parecer no tan económicos sino más de tipo social, transferencias de ingresos, etcétera.

Al respecto, están empezando a hacerse estudios sobre la economía y el mercado laboral basados en encuestas de hogares que pueden ayudar a ese objetivo. Tenemos los trabajos de Javier Herrera, así como una investigación reciente de José Rodríguez y un equipo de economistas, que nos han mostrado, entre muchas otras cosas, que la desigualdad entre el sector formal y el sector informal en valor agregado por trabajador —en productividades, digamos— es de tal magnitud que resulta muy difícil que la desigualdad estrictamente económica cambie mucho, porque quienes están compitiendo desde pequeñas y microempresas con empresas medianas y más grandes están en enorme inferioridad de condiciones para salir adelante y acumular.

Por ejemplo, la cifra para la actividad manufacturera formal es diez veces mayor que el valor agregado por trabajador de las empresas informales. No todas las empresas de una rama de actividad compiten directamente entre sí. A veces tienen relaciones de articulación, de suministro o abastecimiento de piezas, insumos, etcétera. No puedo entrar al detalle de qué significa cada tipo de relación y, por ejemplo, el papel de la intermediación para una eventual mejora en la distribución

del ingreso, pero insistiré en que en la manera de competir hay también una agenda de investigación para entender el alto nivel y la persistencia de la desigualdad.

Tercer punto: la mejora de la educación

En tercer lugar, el tema de la educación es crucial y la profesora Thorp ha sido muy clara. Mejorar la educación no resuelve el problema si no hay simultáneamente oportunidades de empleo, posibilidades de usarla. Es más, podríamos decir que en el Perú una de las explicaciones del surgimiento de Sendero Luminoso es la mejora en la educación en términos de la extensión de la cobertura educativa hacia lugares donde no se ofrecían simultáneamente oportunidades de usarla por carecer de puestos de trabajo adecuados, debido a la falta de inversión descentralizada. Es una hipótesis discutible, pero razonable como posibilidad para entender el asunto.

Dos factores causales aparecen en la discusión sobre educación y desigualdad económica en este momento. Uno señala que la extensión de la cobertura es un factor que ha contribuido —o puede haber contribuido— a la reducción de la desigualdad en los últimos años. Pero, por otro lado, sale cada vez más a discusión algo que no sabemos todavía cómo investigar bien: la enorme —y aparentemente mayor— desigualdad en la calidad de la educación. Entonces, entre el factor positivo de la cobertura y el factor negativo de la desigualdad en calidad, los argumentos más comunes terminan siendo influidos principalmente por este segundo rasgo para sustentar algo que ya ha sido mencionado en la conferencia, y es considerar que la educación actual no forma parte de la solución sino del problema de la desigualdad.

En ese sentido, adquiere verosimilitud la transmisión intergeneracional de la desigualdad que mencionaba antes Felipe Ortiz de Zevallos y que se ha convertido en un gran tema de preocupación y estudio. Las oportunidades de competir en el mercado se estarían haciendo también

más desiguales y la desigualdad en la calidad de la enseñanza recibida parece ser un poderoso factor de esa desigualdad.

Cuarto punto: otras razones no económicas de la desigualdad

Mi cuarto punto tiene que ver con la conveniencia de observar aspectos no estrictamente económicos de la desigualdad. He estado diciendo hasta ahora en cierta medida lo contrario, esto es, que los aspectos económicos deben ser más tomados en cuenta en el momento de explicar la desigualdad de ingresos. Pero también quiero tratar de una nueva manera sobre un asunto que está considerado en un libro muy importante de la profesora Thorp sobre América Latina: el contraste entre las desigualdades económicas y no económicas. Mientras las brechas económicas se mantienen a niveles muy altos, aunque con ligeros vaivenes, las brechas que creo yo más influyen en la conciencia de las personas, como son las relativas a la educación básica o a la salud, se están estrechando en los países y entre países.

Si anteriormente hemos acentuado el aspecto de la calidad, ahora traemos nuevamente a colación el de la cobertura. Al respecto, lo nuevo que quiero mostrar es que ese creciente contraste entre altas desigualdades económicas y la reducción de algunas muy básicas entre las no económicas ocurre incluso en los peores momentos de la economía. Volviendo a lo ocurrido en los años 1980 y 1990, ¿qué ha pasado al respecto en la famosa «crisis de la deuda» latinoamericana? Un solo ejemplo, sobre el Perú, puede bastar para ilustrar el punto: mientras el ingreso real entra en crisis por bastantes años, la participación en el sistema educativo y la esperanza de vida y la salud mejoran. La persistencia o el agravamiento de la desigualdad económica durante esos años conviven con una reducción de la desigualdad en el acceso a servicios educativos y en la esperanza de vida.

Para terminar, el signo de la evolución de los países de América Latina no solo depende de qué indicadores utilizamos para evaluarla,

sino que tengo la impresión de que si miramos juntos diversos indicadores veremos que estamos en un proceso de generación de tensiones entre lo que la economía está ofreciendo a la gente y lo que la educación y la salud están permitiendo a esa misma gente en términos de aumento de expectativas, de aspiraciones y de conciencia de la propia dignidad. Para un proceso pacífico de progreso, reducir la desigualdad económica se convierte, pues, en un asunto capital.